

políticas que no están bajo su control.

2. Como la burguesía mexicana está aliada con el capitalismo norteamericano, se encuentra sujeta a presiones por parte de grupos que buscan conservar los privilegios que tienen en una economía dependiente.

3. La prensa en su conjunto, y salvo excepciones, no es un medio de información y democratización, pues está ligada a grupos económicos con intereses específicos, o bien depende totalmente del Estado.

Estos factores explican por qué la interpretación política que el gobierno hizo del movimiento estudiantil, fue el calificarlo simplemente como producto de una conspiración del exterior, encabezada por agitadores profesionales que pretendían desestabilizar al régimen. Para los estudiantes, en cambio, su lucha significaba la vigencia de una democracia mexicana, es decir, la posibilidad de que el pueblo pudiera intervenir en la actividad política del país, al margen de los partidos y sindicatos oficiales.

Lo que caracterizó al movimiento en México, fue que desde los primeros días de agosto ya existía una dirección reconocida (el CNH, que estaba integrado por representantes de las escuelas en huelga) y había establecido un programa mínimo expresado en el pliego petitorio. Así, a pesar de que en el CNH participaban delegados que sostenían diversas posiciones políticas, unificaba sus criterios en función del programa previamente aprobado por las bases estudiantiles. Este respeto a las decisiones emanadas por las asambleas escolares fue, indudablemente, la muestra de un ejercicio democrático poco común.

El autor contempla el movimiento de 68 como una continuidad y la huelga en las escuelas representaba una forma de lucha, por lo que expresa su desacuerdo con la disolución del CNH y el retorno a clases, sin haberse propuesto previamente un programa mínimo que definiera las ulteriores etapas, cuando el paro indefinido dejó de ser operante.

Ramón Ramírez, al igual que José Revueltas, afirma que una consecuencia derivada de la lucha estudiantil debería ser la transformación de la universidad. Esto es, propiciar cambios en la relación entre profesores y alumnos, que desaparezca la supe-  
reditación tradicional del que aprende hacia el que enseña, buscando una identificación crítica respecto a los temas de estudio o de investigación; sustituir el interminable y repetitivo monólogo por el diálogo y

la discusión. Igualmente se debería intentar la modificación en los sistemas de exámenes que son, en algunos casos, irracionales. Esta reforma, propuesta por Ramírez, no debería limitarse a propósitos exclusivamente didácticos, sino ampliarse para modificar las estructuras políticas y administrativas de la universidad. De esta manera, el concepto de autonomía no debería expresarse únicamente como la defensa del derecho a la libertad de cátedra, investigación y difusión de la cultura, sino concretarla en alguna forma de cogobierno en el que participaran todos los sectores de la comunidad.

Para el autor, los principales logros del movimiento de 68 fueron: a) El haber creado en el país una nueva conciencia democrática; b) el propiciar en sectores obreros la búsqueda de una organización en sindicatos independientes; c) que el estudiante haya emergido en México como una fuerza política; d) que el movimiento lograra la

adhesión y la solidaridad de sus compañeros de otros países.

**Bernardo Lima**

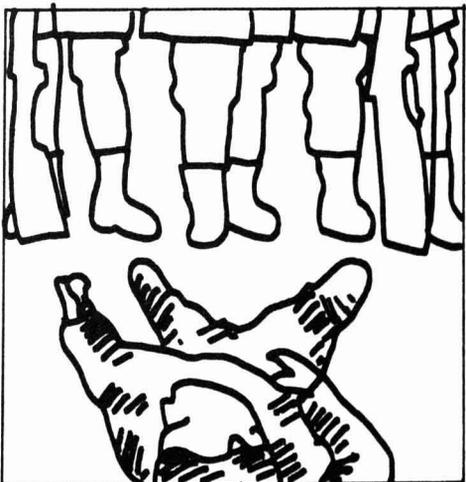
Ramírez, Ramón, *El Movimiento estudiantil de México*. Editorial ERA, 1969. 2 Tomos.

## Los días, los años, la cicatriz

Aunque el movimiento Estudiantil de 1968 ha dejado de ser "preocupación nacional" desde el remate sufrido en junio de 1971, la cantidad de libros publicados y vendidos que se refieren a los sucesos de la lucha estudiantil le confiere a ésta una relevancia que la mordaza del olvido institucional no ha silenciado. La exitosa venta del libro de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* (Ed. Era), hace evidente la resonancia no sólo del interés vigente sino también del punto de vista que miles de lectores distinguen si no es que comparten.

El sentido que puede tener el comentario del libro de Luis González de Alba, *Los días y los años\** a diez años de los días y a siete de su publicación, no es solamente el desempolvamiento en el aniversario, sino también la necesidad de valorar uno de los libros que deben quedar para releerse a la distancia.

Si en septiembre y octubre de 1968, cuando las aulas se habían vaciado a las calles, se acreditó por amplio margen aquello de que la realidad no espera a la teoría y el posible esclarecimiento de lo que estaba sucediendo no provendría de la exégesis sino de la participación, la bibliografía que se refiere al Movimiento surgió en estos diez años, parece seguir —al sentir de muchos— a la zaga de los acontecimientos sin alumbrar aún el libro que venga a dar fin a la incertidumbre y al azoro que se encienden todavía en la retrospectiva. No han faltado trabajos que se postulen como develadores del misterio. Tampoco han sido los mejores, pero muestran una tendencia que está latente: la intención de descubrir (o fingir descubrir) la verdad, si no absoluta, confiable por lo menos. En este tono, la primera edición *Tlatelolco 68*, de Juan Miguel de Mora (Editores Asociados, 1973), que reza en su portada un suprimible "¡Por fin toda la



verdad!" que prejuicia la lectura; o el libro sensacionalista y pontificador de Roberto Blanco Moheno, infame historia de una infamia, que en su dedicatoria se cura en salud: "Desde niño tuve un ansia dolorosa de verdad", *Tlatelolco, historia de una infamia* (Ed. Diana, 1969). Citar estos casos es pertinente en cuanto a la repercusión que sus posiciones causan en la opinión de los lectores de estos libros, que no son pocos.

La pretensión de una verdad a imponer no contamina a obras como *La noche de Tlatelolco* que con sólo mostrar demuestra.

*Los días y los años* tiene la virtud de no ser por designación propia otra cosa que un testimonio personal que, sin embargo, alcanza la representatividad que otros se adjudican y traicionan. El ensayo, la novela y el testimonio se entremezclan en esta obra que —a diferencia de los escritos de los espectadores o enterados que se precipitan a la interpretación— irrumpe en la vida misma del Movimiento y conviene con él hasta la cárcel. La derrota no se interpreta aunque se discute, pero, sobre todo, se evoca.

Los días son el pasado, las reuniones del CNH, la habitación de la ciudad Universitaria, las movilizaciones, la organización del trabajo, la cronología, la intensidad del líder, los mítines, las amistades, la ocupación militar de la Universidad, las negociaciones: son los días del Movimiento. Los años son el presente, el aletargamiento de la cárcel, el testimonio, la vista hacia atrás, la disolución de la lucha en discusiones de celda, el distanciamiento de los hechos.

La novela se inicia con la represión de la huelga de hambre de los presos políticos de Lecumberri. La evocación de los días de la lucha se va reconstruyendo a través de fragmentos de conversaciones con Gilberto Guevara, Pablo Gómez, Félix Gamundi, Roberto Escudero y otros compañeros de lucha y vecinos de celda. El recuerdo se desdobra y se conforma en un prisma de retrospectivas a través de discusiones y remembranzas. De Alba pule el recuento y el recuerdo, y añade su punto de vista, a veces condimentado por la justificación de las propias acciones, a veces intentando una explicación —que nunca será exhaustiva— a las circunstancias que habrían de desembocar en derrota.

*Los días y los años* tiene la cualidad de ser el testimonio de un dirigente político a la vez que el de un estudiante. Si bien gran parte del libro está escrita desde el punto

de vista de un miembro del CNH, la perspectiva no se cierra absolutamente sobre el liderazgo, sino que logra a través de la participación un registro cercano a la base estudiantil. No sería del todo acertado ver en lo anterior un punto a favor de la democracia en el Movimiento (es decir: el líder que es vocero fiel de la base); en todo caso, la división en el seno del CNH hacia septiembre y hasta el final puede ser muestra de las dificultades de una democratización al interior mismo del Movimiento.

Como el propio González de Alba dice: "En la Universidad ha sido prácticamente imposible cohesionar una dirección estudiantil auténtica y única porque esta tarea trae consigo dos problemas, uno organizativo y otro ideológico", (p. 83).

El autor se conduce de la intimidad a la vida pública con una actitud única: ya todo es cicatriz que ha quedado. Tanto la narración testimonial como el relato personal están poseídos por la pasión de lo vivido. Así, De Alba recuerda la acusación de los diputados Octavio A. Hernández y Luis M. Farías en contra del rector Barros Sierra como "culpable del conflicto estudiantil", asegurando que el procedimiento de buscar una cabeza que cortar mereció el descrédito general del pueblo de México, con una seguridad sustentada en lo emocional; "Para toda la población era evidente que se habían tardado un poco en indignarse y el método seguido de ninguna manera era nuevo", (p. 139).

Aunque el autor sigue con cierto orden el desarrollo de los acontecimientos recordados, lo rompe bruscamente al final cuando adelante, en el penúltimo capítulo, la agonía de noviembre-diciembre, la división ante la política de vuelta a clases del Partido Comunista y la disolución del CNH, para concluir con el dos de octubre en el último. La intención del autor de desembocar a través de la novela en Tlatelolco, cumple dos funciones: desde una visión integral de la novela, Tlatelolco une los días con los años pues el autor es aprehendido y encarcelado, transportado del habitat de la calle al habitat del penal, los años serán cicatrización del Movimiento, pero especialmente de Tlatelolco; desde otro punto de vista, busca centrar la relevancia de su testimonio en ese punto. Ante la desintegración del Movimiento por incapacidades propias y ante la represión, salta a consideración la pregunta de si el Movimiento Estudiantil fue asesinado. El repliegue de las fuerzas estudiantiles, tanto físico como ideológico, suscitado a partir

del asesinato masivo no provocó el declive del Movimiento, ya mermado a esas alturas. A Tlatelolco, De Alba le adscribe su especificidad: el terror, arma de la represión que aparecerá entonces como nunca en el conflicto. El gobierno no quiso tolerar más agobios a unos días de su "cita con el mundo", de la que habría de salir con la imagen de una fiesta popular en las calles, terrible contraste con la Manifestación del Silencio. ¿Valían la pena unos muertos?

**Jaime Moreno Villarreal**

\*González de Alba, Luis, *Los días y los años*, México, Ed. Era, 1971, 207 pp.

## De los orígenes de la represión al simplismo de la proposición

Para explicar un fenómeno tan complicado como la insurrección estudiantil del año olímpico, que involucró a los tres poderes legales de la nación y a los ochocientos ilegales que agobian al país (entre los que se cuentan los empresarios, la CIA, el Batallón Olimpia, los halcones y los cronistas de fútbol), resulta demasiado estrecha y rígida la proposición que Salvador Hernández hace en *El PRI y el Movimiento Estudiantil de 1968*, para ayudar a desentrañar esa enredada madeja que tantos cabos tiene aún por amarrar.

Ahora sí que "como el título lo indica", Hernández supone que la aplanadora priista es la única culpable de los sucesos que culminaron en la Plaza de las Tres Culturas, y por lo tanto se da a la tarea de "analizar la estrategia de la organización estudiantil del Consejo Nacional de Huelga y del Partido Revolucionario Institucional (PRI), con objeto de comprender el porqué de la violenta represión por parte del gobierno para suprimir al grupo estudiantil".

Para encontrar "el por qué de la violenta represión", el autor utiliza esa esquemática metodología tan cara a los estudiantes de Ciencias Sociales que consiste en: a) una imprescindible ubicación histórica del problema en la que se menciona lo tontos que eran Villa y Zapata para pensar políti-